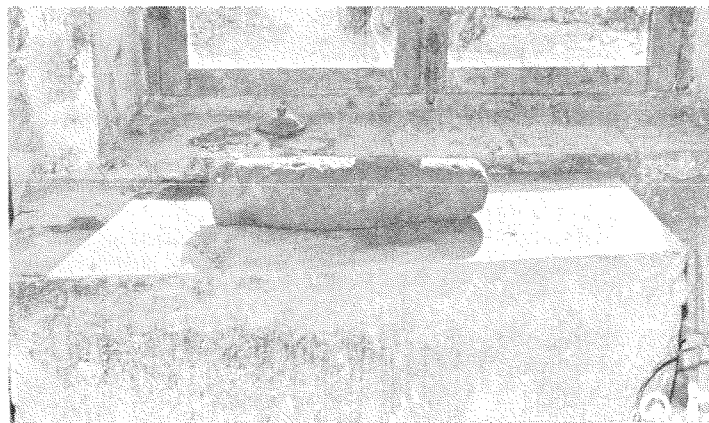


Rollo de barro sobre la mesa de heñir de Faustino que tan pronto sea amasado se convertirá en cacharros de uso común.



del 18. Ese día los alfareros se iban a merendar a los Estanques, la hermosa finca que hay al poniente de la población, donde los dejaban expansionarse en plena libertad.

La calle es típica, de casas bajas, entradas pequeñas, pocas ventanas y empedrada de cantos. Cruzando los portales y patios, empedrados y cuidados con esmero por las mujeres, se llega a los espaciosos corrales donde están los alfares con los mechinales que les son indispensables en su contorno, que por no sobresalir en nada parecen no existentes, y en lo ancho los barrancos llamados pilones y pilancas de hacer el barro, y aparte el horno de cocer la obra.

Estos mechinales lo son solamente al entrar, pero una vez dentro, resultan espaciosos como salones, aunque escasos de luz y ventilación. En uno de ellos, y en el rincón más próximo a la luz de la puerta, que es siempre escasa, tiene el alfarero el tabanque, por lo general dominando la entrada y toda la habitación. Faustino Moreno Rosell lo tiene frente por frente a la puerta, con ventana también a la derecha, y al pie de la misma la mesa de amasar, como se ve en la fotografía.



Faustino dando los últimos toques a la obra que destina a la Feria de Urda y siendo tan buen alfarero, por aquello de la feria, está aquí un poco de mentirijillas. Y se le nota, ¡vaya si se le nota!